

XVII

Nunca para de nevar y llover en aquellas tierras tan inhóspitas. El frío y la oscuridad son los habitantes más antiguos de la región. El sol, por su parte, permanece casi siempre exiliado en aquel inestable Continente Gris.

Así, cuando llega la estación del verano lo hace como siempre, aburrida, y sin ganas. De todas formas, ya sea verano, otoño, invierno o primavera, la climatología casi siempre actúa igual ya que apenas hay diferencias entre ellas. Del mismo modo ocurre con los propios habitantes, los cuales se resisten a cualquier cambio en sus vidas, lo que hace que gentes, clima y días pasen todos como ajenos e indiferentes. La existencia se hace tremendamente larga, pesada y costosa, incluso hasta para los que viven mejor.

La vida en el Continente Gris es una pesada carga diaria que todos asumen como algo normal, algo cotidiano. Y es que cuando tan solo se conoce una única forma de vivir, cualquier cambio en su curso habitual, aún siendo mucho más próspero, puede llegar hasta incomodar, e incluso parecer un tremendo absurdo para todos aquellos quienes bajo el dominio de la costumbre y la cotidianeidad han vivido así durante tanto tiempo.

Eran muchas las costumbres, las herencias, los ritos y las formas asumidas por aquel pueblo ignorante y primitivo. Romper con toda una galería de tradiciones milenarias era para aquellas gentes sumisas a lo inalterable, un gran pecado y un enorme desprecio a sus propios vínculos vitales, suponiendo por lo tanto, una gran ofensa a su propia historia, origen, raza y leyes.

Además, cualquier intención o atrevimiento por querer conocer, explorar o saber un poco más, podía llegar a ser completamente incomprensible, ignominioso, provocador y ofensivo. Era preferible para todos ellos el refugio que les proporcionaba esa vida oscura e ignorante, que el aventurarse en una no experimentada ni conocida existencia nueva. Más les valía lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Y así pasaron los años, y Gustafson Heinbergen, convertido ya en adulto de la noche a la mañana, se tuvo que buscar la forma para poder sacar adelante a una familia que aumentaba con la llegada de otro hijo más. Un segundo nuevo nacido.

Miriam, su esposa, lo había anunciado tímidamente, casi sin querer. Y ciertamente la noticia llegó como un jarro de agua helada para los jóvenes padres, quienes sin esperarlo ni tampoco desearlo, se vieron de pronto

abrumados ante el futuro incierto que se les presentaba. La situación se complicaba en exceso con la llegada de aquel nuevo hijo. El señor Pifman por su parte llevaba muy mal el sufrimiento y angustia que padecía la joven pareja, pero sobre todo le preocupaba Miriam quien desde hacía ya tiempo arrastraba una decaída actitud al comprobar con sus propios ojos cómo era la dura y desagradable cara de la pobreza. La muchacha, que se sentía muy confusa por las nuevas circunstancias, rompía con más frecuencia en desconsolados llantos de impotencia. El cambio radical que le suponía aquella nueva vida la asfixiaba enormemente. Era normal, pues mientras vivía con su padre, las cosas fueron muy diferentes. Muy pero que muy diferentes.

Miriam, cuando nació, quedó huérfana de madre, resultando ser la única mujer de su casa. Desde siempre vivió espléndidamente rodeada de caprichos, los cuales, su padre, el malvado Franiken Gastald, consentía cuanto podía. Al fin y al cabo ella era su única alegría y debilidad en la vida, dándole todo cuanto por su boca pidiera. Nada le era negado. Pero claro, las cosas no siempre van como cada cuál pretende, y en realidad son únicamente los dioses del Tiempo y el Destino los que ponen cada cosa en su sitio. Pero claro, el juego de la existencia es impredecible, y el amor, sin ser esperado, entró de repente en la vida de la joven Miriam, conduciéndole hasta Gustafson Heinbergen, tomando su vida un rumbo muy distinto.

Y fue a partir de ahí cuando todo vino rodado en una serie de circunstancias que, siendo inevitables, acabaron al final por llevar a la joven Miriam a unas condiciones de vida que no eran, ni por asomo, comparables a las que mantuvo durante su dulce y cómoda infancia. Ni tan siquiera el amor intenso que sentía por su amado Gustafson apenas pudo mitigar aquella insufrible desolación que sufría tras fallecer su padre, sobre todo, por verse inmersa en una absoluta pobreza. Miriam se vió metida de bruces en una miseria que nunca conoció, y ni tan siquiera imaginó. Un cambio ciertamente radical para quien una vez lo tuvo prácticamente todo.

La infancia de Gustafson Heinbergen sin embargo fue totalmente opuesta a la de ella. El muchacho, por no tener, nunca tuvo absolutamente nada. Aunque incluso eso mismo, la nada, era ya mucho para él. Eso sí, tenía un increíble corazón y también un gran amigo, el señor Pifman. Pero claro, en las tierras del Continente Gris no se comía ni se vivía de la amistad ni del amor. Éste mismo, el amor, sobre todo, era considerado como algo inútil, ridículo y estúpido, amén de ser un capricho bastante frívolo. Un gran capricho que tan sólo era utilizado, en todo caso, por los ricos, y también curiosamente, por los locos. Y en el caso concreto de Miriam y Gustafson el capricho acertó de lleno, pues Miriam fue una joven rica consentida, y Gustafson un completo loco para sus semejantes. Así andaban las cosas.

Por su parte, Gustafson Heinbergen, agobiado por la preocupante actitud de su amada Miriam, consultó varias veces con el señor Pifman la posibilidad de interrumpir el embarazo de forma deliberada pues sabía que el extranjero oriental conocía perfectamente las utilidades y propiedades de algunas hierbas para aquellas ocasiones especiales. Pero lo cierto era que Miriam se encontraba en un estado de su embarazo en el que podría peligrar su vida y la de la criatura por venir. El señor Pifman comunicó a los inmaduros e

inexpertos jóvenes que era muy arriesgado interrumpir el proceso de gestación. Se hacía imposible intervenir. Había que seguir forzosamente hacia adelante y tan solo esperar que todo saliera bien, como ocurrió la vez anterior con el primer hijo, el pequeño Karl.

El bueno de Gustafson se sentía impotente y culpable a la vez con todo aquello. Muchas veces se iba solo hacia el interior del bosque queriendo escapar de todo. Cuando no sabía que dirección coger ni que decisión tomar, se sentaba detrás de una roca y recordaba cuando era pequeño, siéndole bastante fácil remontarse en el tiempo y recuperar de su memoria aquellos momentos en los que se sentía libre entre los altísimos árboles, las blancas nieves perpetuas y sus queridos amigos los animales del bosque. Fue en aquel tiempo de su infancia, por cierto no muy atrás en el tiempo, cuando vivió completamente feliz incluso sin tener ni necesitar nada. Todo le sobraba. Sin embargo, en aquellos precisos momentos, nada era mucho más de lo que tenía ahora. Muchísimo más.

Gustafson sabía que debía enfrentarse a aquella tremenda vida que él nunca llegó a comprender, pero al igual que todos los demás seres humanos del Continente Gris, él se encontraba allí, en aquel maldito lugar, y de allí, desgraciadamente, no podía escapar. El muchacho no podía abandonar a su mujer e hijos ya que ellos estaban en aquel infierno junto a él, y siendo así, de ningún modo dejaría que el hambre, la ruina o la miseria aparecieran por su casa. Al menos lo intentaría. No había otra salida ni solución. Lucharía por ellos.

El señor Pifman, silencioso y cauto, mientras tanto observaba diariamente a su querido niño Gustafson y sabía de más que lo estaba pasando mal. Muy mal. Y aunque no hacía falta decirlo, el hombre del turbante ofreció su hogar y todo lo que poseía, que por otro lado no era mucho, a la joven pareja. Otra cosa no podía hacer.

Y pasaban los meses y los días siempre iguales sin nada nuevo que ofrecer. Pero un día, ya bien entrado el otoño, el joven Gustafson llegó a la cabaña corriendo medio asfixiado. Con una alegría desmesurada anunció una nueva y grata noticia. Había encontrado por fin un trabajo.

Se puso a dar saltos y brincos disparatados, llegándole la sonrisa de oreja a oreja. Cantaba melodías espontáneas medio llorando. Besó y abrazó con gran efusión a su amada Miriam, luego a su querido, y de momento, único hijo Karl, y finalmente al estupefacto señor Pifman. El muchacho daba vueltas por la cabaña alegre y feliz. Estaba loco de alegría.

Después de unos minutos de enloquecida euforia, por fin terminó sentándose. Agotado por el esfuerzo y la excitación, Gustafson intentó recuperar el aliento para poder contar sin atropellos su gran alegría. Karl, en brazos de su "abuelo" Pif, se hallaba entusiasmado ante la inesperada y festiva entrada de su padre. El antiguo soldado oriental también se sintió agradecido por la llegada de un poco de aire renovado a la cabaña, la cual, desde hacía algunos meses, se encontraba cargada de una gran ansiedad y desesperanza. Miriam, por su parte, no articuló palabra ni mueca alguna. Aquello era demasiado tarde para ella, y además, seguramente, no sería

gran cosa. La vida de los pobres, ya lo había comprobado por sí misma, nunca preveía nada excesivamente bueno. Y no le faltaba razón.

Cuando el joven Gustafson dijo el lugar y el tipo de trabajo que había encontrado, el señor Pifman de repente apagó la sonrisa que hasta segundos antes mantenía en su cara. El muchacho, aguantando hasta el último momento el hilo de su alegría, fue decayendo poco a poco su entusiasmo y fue a encontrarse con los ojos perdidos e inanimados de Miriam. Un silencio frío y cortante cruzó la cabaña por entero. El señor Pifman, con el rostro completamente caído, dejó al pequeño Karl en el suelo con mucho cuidado al mismo tiempo que le daba un triste y sombrío beso. A continuación y sin decir palabra alguna salió con paso lento de la cabaña.

Gustafson, perplejo y desconcertado, preguntó a su padre adoptivo qué ocurría. No lo entendía. Fuera de la cabaña y con la cabeza gacha, el señor Pifman empezó a cortar trozos pequeños de leña con el hacha. Lo cierto es que no había nada que cortar, toda la madera estaba lista y preparada desde hacía tiempo.

- ¿Que ocurre?... -le dijo el joven al hombre del turbante al mismo tiempo que abría las manos en busca de respuesta.

Silencio en todo el bosque, exceptuando tan solo el eco sordo de los golpes del hacha sobre la madera.

Gustafson, nervioso y tenso, carraspeó la garganta antes de preguntar de nuevo.

- ¡Cuando he llegado a la casa... bien que te has alegrado!... ¿verdad?... ¿qué ocurre ahora?... -descargó de nuevo intuyendo al instante cuál era el motivo del semblante sombrío del antiguo soldado oriental.

- ¡Bueno!... ¡al fin y al cabo es un trabajo!... ¿no?...

- ¡Además!... ¡además!... -repitió Gustafson nervioso- ¿qué tiene de malo éste trabajo?...

- ¿Acaso no trabajan otros allí?... -se apresuraba Gustafson en soltar defensas en su favor.

El muchacho instintivamente se dió la vuelta con rapidez y con los latidos del corazón muy agitados se llevó las dos manos al rostro. Suspirando profundamente se giró de nuevo hacia el señor Pifman y le dijo.

- ¡Bueno!... ¿algo tendré que hacer?... ¿no te parece?...

- ¿O tú nos vas a mantener toda la vida?...

- ¡Ya soy un hombre!... ¿te enteras?...

- ¡Ya soy un hombre!... ¿sabes?... -Una pausa asfixiante se abalanzó sobre los semblantes.

- ¡Ya no soy un niño!... ¿no crees?... -Terminó Gustafson sollozando al mismo tiempo que descubría la verdadera cara de la realidad en aquella maldita sociedad del Continente Gris.

Sin obtener respuesta del también abatido señor Pifman, el joven Gustafson agachó derrotado la cabeza al mismo tiempo que musitaba en voz baja lo anteriormente dicho...

- ¡Ya no soy un niño!... ¡ya no soy un niño!...

Poco a poco levantó la cabeza sin ganas y miró hacia el interior del bosque con los ojos completamente encharcados de lágrimas. ¡Cuánto

hubiera dado por escapar de aquella amarga situación!... ¡Cuánto hubiera dado por salir corriendo hacia el bosque y perderse por sus arroyos y arboledas!...

El señor Pifman, también emocionado por el duro y profundo dolor que soportaba el muchacho, se fue hasta él y lo abrazó con fuerza. Notó cómo su aún para él, pequeño Gustafson, temblaba y ahogaba el intenso llanto contra su espeso ropaje. El hombre del turbante, sin poder hablar, miró hacia el cielo buscando algo de clemencia por parte de alguien o algo superior allá arriba.

El intenso frío caía encima del bosque sin interrupción y las respuestas a las rogativas no aparecían por ningún lado.

– ¡Papá!... ¿por qué?... ¿papá?... –preguntó Gustafson mientras cerraba los ojos y se apretaba con fuerza contra el gigante señor Pifman. Aquella fue la primera vez que el muchacho llamó al antiguo soldado oriental de la única y verdadera forma como él lo sentía. Allí, en aquel preciso momento, ambos se hicieron padre e hijo. No les hizo falta nadie superior ni divino para otorgarles tan maravillosa mención. Así lo sentían y con eso era suficiente. Mientras, en la puerta de la cabaña, el pequeño Karl, de pié, los observaba con seriedad. El pequeño ya veía cómo se mostraba la realidad de la vida en aquellas frías e injustas tierras del Continente Gris. Tarde o temprano él también se acostumbraría. Como todos, o como casi todos.

Al parecer el joven Gustafson encontró trabajo no muy lejos de allí, en las minas de carbón del valle de Lars Flogstands, una verdadera tumba para todos los que iban hasta allí. Pero por desgracia para él, como para otros muchos, aquel era el único lugar a donde podía acudir. No había tantos sitios donde poder trabajar, y en aquellos precisos momentos, su situación familiar estaba ya al límite que no podía esperar.

El valle de Lars Flogstands se había destacado desde siempre por su abundancia en recursos minerales, sin embargo, se había hecho famoso, principalmente, por albergar en sus tierras a un gran número de presos y esclavos. Hasta muy poco tiempo antes de la entrada del nuevo sistema económico, el valle fue usado únicamente como prisión de peligrosos y violentos personajes de la región. Pero después de la llegada del llamado dinero, la función de la prisión pasó rápidamente a ser vista con otros ojos. Se hacía necesario abrirla como mina pues se sabía desde hacía mucho tiempo atrás que en sus entrañas se hallaban grandes cantidades de mineral. O lo que era lo mismo, de dinero.

La industria del mineral había empezado a desplazar con fuerza a la tradicional industria de la madera, la cual apenas ya era rentable, debido, sobre todo, a su generalizada implantación en todo el Continente Gris. Así se empezó a explotar rápidamente el valle aprovechando la mano de obra gratuita que proporcionaban los penados. Pero ocurría que la alta mortalidad que se daba entre los reos apenas podía mantener un ritmo y una continuidad en la extracción de mineral que hiciera posible una rentable producción, por eso, los propietarios del valle, el rey y algunos de sus familiares cercanos, se vieron en la opción de enviar forzosamente a un buen número de sus súbditos, quienes a pesar de su fuerte negativa finalmente no tuvieron otra alternativa que acudir a ellas. El nuevo sistema del dinero

anunciaba a voces la salida de la pobreza, y sobre todo, la posibilidad de una prosperidad y ambición mayor.

La rápida llegada de aquel sistema monetario a las tierras del Continente Gris obligó a cambiar casi por completo toda la sociedad. En un principio, y después de un periodo de adaptación, las cosas comenzaron a tomar una cierta estabilidad con la situación que ofrecía aquel nuevo sistema, el cual, al contrario que el feudalismo, proponía una cierta seguridad en sus territorios, desde siempre inmensos en guerras y conflictos. Fue entonces a partir de aquel momento, cuando ya no se disponía de ningún rey ni señor en ningún lugar. Tan solo el dinero era el amo y señor de todo y de todos. Quien más dinero dispusiera consigo también de más poder obtendría. Y todos, incluido los pobres, creyeron ciegamente en aquella gran posibilidad de salir de su miseria con aquel nuevo sistema. Ellos, sobre todo, entraron de lleno en su gran mentira.

Con la llegada de aquel nuevo sistema, muchos reyes y señores perdieron por completo, o en parte, sus reinos, propiedades, territorios y herencias, cayendo en la ruina total. Las deudas contraídas por éstos eran imposibles de pagar, por lo que fueron entonces perseguidos y aniquilados por los asesinos a sueldo que contrataban los llamados Bancos y Prestamistas. Éstos, los Bancos y los Prestamistas, eran unas sociedades que dejaban prestado dinero a cambio de ser devuelto más tarde con unos intereses añadidos. Unos intereses, que en la mayoría de los casos, eran imposibles de saldar. Así, los Bancos y los Prestamistas eran sin duda una de las innovaciones más rentables derivadas de aquel sistema del dinero.

Los más pobres, por supuesto, corrían mucho peor suerte que los ricos ya que no eran asesinados, sino que eran obligados a trabajar como verdaderos esclavos, de por vida, para poder pagar exclusivamente aquellos préstamos imposibles. Una trampa muy bien construida para el beneficio único de sus promotores.

Luego, para colmo de males, también entró en juego una necesidad derivada de aquel mismo sistema monetario. El llamado, o mejor mal llamado, sistema de la Justicia. Un sistema éste que fue creado y promovido por los ricos el cual establecía y mantenía una cierta paz, orden y seguridad en todas aquellas sociedades emergentes. Las leyes, innumerables e irrefutables, se impusieron como normas de obligada aceptación y cumplimiento por todos los ciudadanos. Sin embargo, la arbitrariedad de las decisiones y acciones de los reyes, señores y autoridades, se encontraban siempre bajo el respaldo de la Justicia y sus leyes. Al fin y al cabo ellos la habían creado, y por lo tanto, eran suyas. Podían manejarlas a su antojo, creándose el también llamado Orden.

Y todo, absolutamente todo lo demás, se encontraba sujeto y sometido a su pronunciamiento. Las sentencias dictadas por las autoridades eran inmediata y obligatoriamente cumplidas. Todo aquel que no lo hiciera sería castigado y perseguido. Y en el hipotético caso de existir una causa o excusa para otorgar cualquier tipo de clemencia, restitución o perdón, debía pasar siempre antes por el conocimiento y el veredicto de aquellas autoridades, tan poco diáfanos y justos.

Con todo ello se había conseguido crear una tupida red de imposible salida y escapatoria. El Dinero y la Justicia se hicieron inseparables. Y todo funcionaba bajo la influencia devoradora de sus dominantes garras. Llegó un momento en el que el monstruo se había hecho tan poderoso que ni sus propios creadores fueron capaces de sujetarlo ni controlarlo.

Sin embargo, y a pesar de ser un sistema tremendamente malvado e injusto, también ofreció algunas mejoras y avances en la sociedad. Aunque eso sí, fueron más bien pocas. Nada era tan absolutamente malo y negativo como para no dejar un resquicio a la claridad. Y así se puso en marcha una sociedad mucho más organizada y activa que la anterior, promoviendo con ello una cierta capacidad de esperanza y lucha entre sus habitantes.

Los pueblos y ciudades se vieron impulsados hacia delante con el renovado y vigoroso empuje que les proporcionaba el engañoso espejismo de aquel nuevo régimen. Se crearon pequeñas empresas y comercios, que a su vez, establecieron también nuevas necesidades, nuevos proyectos y nuevas metas. Y claro, con aquella misma vorágine de crecimiento, también llegaron los llamados Impuestos, una continuidad de lo que era la primitiva recaudación feudal, pero eso sí, ésta vez con la utilización exclusiva del dinero.

Una forma ésta, la de los impuestos, que cometía los mismos e iguales abusos que se habían hecho con anterioridad. Pero claro, desde aquél momento, bajo el respaldo intencionado, interesado y solapado de la también recién estrenada Justicia.

Y ya nadie quería ser pobre y tampoco nadie quería quedarse atrás. Todo el mundo ambicionaba y creía que algún día también podría llegar a ser rico. Trabajando mucho, quizás, pensaba la mayoría, llegarían a conseguirlo.

La falsa ilusión era una ilusión que daba y regalaba falsas ilusiones. Ella misma alimentaba y se alimentaba de sus ilusos e ignorantes soñadores. Aunque siempre había a quien nunca engañaría. Y el señor Pifman era uno de ellos, y sabía de más que su querido Gustafson, como muchos otros pobres ilusos, caería irremediabilmente en las zarpas de aquel sistema canalla. La golosina era muy atractiva, y las personas, casi todas, eran fácilmente engañadas con la esperanza de un futuro mejor. Todos habían acabado muy hartos de las milenarias injusticias y los tremendos abusos que les dio el feudalismo, y aquello les pareció toda una bendición del cielo. Mejor dicho, una bendición surgida de su, según ellos, infalible Inteligencia.

El señor Pifman conocía el Valle de Lars Flogstands y sus minas, y también sabía que de allí muy pocos salían con vida. Entendía con dolor que su querido hijo adoptivo, tan prudente y cauto como siempre, no quería hacerle cargar con una responsabilidad que no era suya, sin embargo el antiguo soldado oriental no quería ni pensar que el noble de su Gustafson terminara allí sus días. De todas formas, él ya no podía hacer nada. Gustafson había tomado la firme decisión de marchar hasta allí.

De modo que el señor Pifman apenas dijo palabra alguna en aquellos días, y de las pocas cosas que le comentó a su hijo adoptivo, fué, que por su parte, él siempre le estaría esperando allí, en su cabaña, en el interior de

aquel misterioso y profundo bosque de Múnstein. Allí tendrían al abuelo Pifman, como les decía sonriente pero temeroso a la vez.

Y llegó el día señalado.

Una fría mañana, muy temprano, y que en realidad nadie deseó llegara nunca, Gustafson, Miriam, Karl y el recién nacido Roubert, emprendieron camino hacia el valle de Lars Flogstands acompañados por el señor Pifman. Tardarían en llegar aproximadamente tres días, a pié, desde la aldea de Múnstein.

Desde que salieron del lugar, y, sobre todo al principio, Gustafson intentó aparecer contento con la nueva vida que se les presentaba por delante. Animaba continuamente a Miriam y a los pequeños jaleándoles con bromas y chistes. Sin embargo, su padre adoptivo, el señor Pifman, lo miraba de vez en cuando de reojo adivinando en su semblante, aunque quisiera disimularlo, una gran pena. El antiguo soldado oriental no queriendo cargar demasiado la dramática situación, intentaba también mostrarse amable y contento, sobre todo, con Miriam y los pequeños, pero aún así no podía ocultar su tremenda tristeza. A él se le notaba demasiado.

Miriam, por su parte, caminaba sin ilusión alguna. Lo hacía como un espectro, como un alma en pena. Ni veía el camino ni oía nada. Totalmente perdida y ausente en sí misma andaba como un fantasma errante. Su esposo, Gustafson, se acercaba a ella cariñoso y comprensivo, y de vez en cuando le decía cosas mientras la apretaba contra sí. Él la amaba inmensamente, y en muchas ocasiones, sintiéndose culpable de todo aquello, pensó, que cuánto hubiera sido mejor para ella no haberlo conocido jamás. Él sufría mucho con todo aquello, y conforme iban avanzando en el camino, el peso de la desilusión y la angustia fueron entrando sin ningún respeto en su ánimo.

Casi sin darse cuenta Gustafson fue cayendo en una aplastante y agobiante desesperanza. Todo aparecía ya tremendamente pesado y oscuro, tanto así que al poco rato dejó de hacer bromas y contar chistes. De vez en cuando despertaba bruscamente al verse vapuleado por el tremendo silencio que le rodeaba, e intentando recomponer la situación, Gustafson volvía de nuevo a infundir ánimos a su familia, la cual, aterida de frío, andaba en riguroso silencio mientras aguantaba el embate de la cada vez más fuerte nevada. Él mismo se impulsaba enérgicamente hacia delante intentando contagiar un buen ritmo a todos. Quería demostrar, sobre todo al señor Pifman, su decisión de no echarse atrás y luchar por el futuro. Estaba resuelto a todo. Aunque esto tan solo lo hacía cuando las innumerables dudas le dejaban en paz, cosa que por otro lado, eran más bien pocas.

El señor Pifman, maduro y experimentado conocedor de la vida, sin embargo, ante aquellas reacciones de su querido hijo adoptivo, le sonreía levemente y lo miraba con ternura, queriendo así conciliar un volcán que explotaba de impotencia en el interior del corazón del muchacho. Ya no había solución ni remedio posible. Quien en aquellas frías, oscuras e inexorables tierras poseyera una mente y un espíritu libre, moriría en vida sin poder evitarlo.

Allí, en las Tierras del Continente Gris, nadie les echaba en cuenta. Nadie les veía. Nadie los necesitaba ni les echaba de menos.

Normalmente, todos los que eran así, vivían solos y muy raramente se les solía ver acompañados. Ellos, como espíritus libres, no afanaban, deseaban, ni tenían prisas ni intenciones. Todo les daba igual. Ellos veían las responsabilidades o proyectos de futuro de los que les rodeaban como grandes macizos de roca atados a sus pies. Aquello les parecía insalvable e imposible de llegar a buen término. Por eso no contaban para nada en la sociedad. Algo esto que por otro lado agradecían, pues nunca hubieran encajado en aquella humanidad de limitada e ignorante visión.

Así, para sus vecinos, amigos o familiares, estos personajes de espíritu libre, estaban locos, tontos o estaban poseídos por algún maligno ser de los tantos miles que, ellos mismos, los cuerdos, habían inventado en sus tenebrosas almas ignorantes. El populacho llegaba incluso a pensar que las calamidades o infortunios que ocurrían se debían en gran parte al mal agüero que esos personajes de espíritu libre eran capaces de atraer. Estaba muy claro, el reino de esos locos y perturbados no era de aquel mundo. Sin embargo no todos esos espíritus libres eran capaces de escapar de las tenebrosas garras de aquella maligna sociedad. El joven Gustafson tenía una familia, y ésta, como todas, necesitaba vivir. Y él, como la gran mayoría, también se vió de lleno en aquel juego. Ya no podría vivir como lo había hecho. Él se hubiera bastado con muy poco, pero ahora, en aquellos momentos, ya no era él solo, eran tres. Por eso, sin pensarlo, sin quererlo, y también sin poder evitarlo, se halló en el centro de aquel mundo miserable del que tanto había huido. Estaba obligado a jugar en la ruleta prisionera. Él cayó irremediabilmente al agarrón traicionero, injusto y perverso que proporcionaba el sistema del dinero. Y si por su persona hubiera sido, se habría quedado en el bosque de Münstein junto a su querido "padre", el señor Pifman. Y hasta habría llegado a cazar a los animales que tanto había amado y respetado con tal de no salir a la cruel jungla de aquella realidad dolorosa. Pero su amor y sentido del deber hacia su esposa e hijos le obligaron a cambiar gran parte de su ser, aceptando una esclavitud a la que nunca se sometió. Lo haría únicamente por ellos. Por ellos sería capaz de beber de aquél amargo cáliz.

Durante el camino, y viéndose cada vez más atormentado por las dudas, el joven Gustafson se puso a la altura de su padre adoptivo y le preguntó...

- ¡Papá!... ¿Qué es un hombre?... o mejor dicho... ¿cómo debe ser un hombre?...

El señor Pifman, que llevaba al pequeño Roubert en sus brazos, se despertó súbitamente de su también profundo silencio ante la repentina pregunta de Gustafson. Sin dejar de mirar el fondo del camino, apretó los labios mientras buscaba en su atribulada mente algún tipo de contestación que tuviera validez, y sobre todo, un sentido convincente.

-Pues... si te digo la verdad... no lo sé... no sé que decirte... -le dijo suavemente después de no haber encontrado respuesta alguna.

- Y... ¿sabes?... muchas veces he intentado buscar una respuesta a esa pregunta... y después de darle muchas y muchas vueltas, al final no he encontrado nada... -dijo de nuevo el señor Pifman rápido y sincero antes que Gustafson dijera algo.

- ¡Pero!... ¡no me lo puedo creer!... -dijo con cierto asombro Gustafson al no entender cómo su padre adoptivo no tuviera respuesta para aquello que aparentemente era o parecía tan fácil.

- ¡Tú!... que has estado en muchos lugares... tú que has conocido a reyes, princesas, reinos, guerras, mares y montañas... tú que sabes lo que es el amor, el desamor, el engaño, la pena... tú... tú... que has estado en el silencio... tú que has conocido a maestros ilustres... tú que has bebido de los grandes libros prohibidos... tú... que tienes en tu corazón a la misma prudencia!... tú... ¿cómo no lo vas a saber?... ¡eso no es posible!... ¡tú... tú que eres un hombre sabio!... ¡de verdad!... ¡yo!... ¡yo nunca he conocido a nadie tan sabio como tú!... ¡y además... no creo que haya en el mundo alguien así!... -terminó diciendo Gustafson medio asfixiado y un poco furioso.

El señor Pifman, sin dejar de mirar hacia el frente, sonrió para sí mismo al tiempo que movió levemente la cabeza de un lado a otro en una negación sincera cuando escuchó lo que le había dicho su hijo adoptivo. Aspiró profundamente, cerró los ojos y pensó.

Aquello era difícil, muy difícil. ¿Sabio él?... ¿sería bueno mostrar al muchacho su verdadera, cansada y dudosa existencia?... ¿estaría más acertado si le defraudara?... Pero por otro lado, al fin y al cabo ¿qué era un sabio?... ¿No era acaso algo parecido a él?... Pues no, seguramente no... O sí. ¿Quién sabe?... Ciertamente tampoco estaba seguro de cómo podía actuar un sabio. O sí...

Después de aquellas rápidas divagaciones en el vacío, el señor Pifman pensó que lo mejor era tomar un camino cercano a la prudencia tal y como lo haría un sabio. Se atrevió.

- Gus... yo sí sé lo que "no" es un hombre de verdad... -recalcó la palabra "no" con intensidad el antiguo soldado oriental.

-Porque... en verdad nunca he conocido a un hombre de verdad... ¿entiendes?...

Y siguió el señor Pifman tras tomar un respiro

-Pero... ¿sabes?... sí creo que exista un hombre de verdad... Sí tengo fe en que pueda existir alguno por ahí... Aunque hasta el momento no me haya tropezado con ninguno...

La respuesta no era muy aclaratoria, pero sí ayudaba en la duda y la pesadumbre del joven, ya que le hizo ver que no debería preocuparse demasiado por eso. Al menos de momento. Al fin y al cabo, tan sólo la Experiencia y el Tiempo darían el resultado esperado. Aunque, a veces, parecía que éstos se demoraban demasiado. Tal vez sería porque eran sabios, y como tales, no entendían de prisas ni de atajos. Habría que esperar.

Gustafson, de todas formas, no recogiendo muy bien el mensaje de su padre adoptivo, insistió de nuevo, buscando en esta ocasión una respuesta más favorable para sí.

Un poco tímido y avergonzado por la pregunta dijo...

- ¿Yo como soy?... -miró hacia arriba, directamente a los ojos del hombre del turbante.

- ¿Tu crees que yo... ya soy un hombre?... Bueno... espera... espera... vamos a ver...-carraspeó acalorado el muchacho

-Cuando te digo esto me estoy refiriendo a lo que es un hombre normal, es decir, a un hombre hecho y derecho... ¿entiendes lo que te quiero decir?... ¿verdad?...

Antes que el señor Pifman pudiera decir algo, Gustafson, muy nervioso, se adelantó otra vez rápidamente para matizar y aclarar su pregunta. Necesitaba con urgencia una contestación más simple, más básica.

-Vamos a ver... Cuando digo un hombre, no me refiero a un hombre de verdad o a un sabio como tú dices... Eso me parece demasiado lejos para mí... Lo que en verdad te quiero preguntar es si yo te parezco maduro... Si crees que estoy preparado y en condiciones para afrontar la vida...

Gustafson quería que, en definitiva, le dijera lo que él necesitaba escuchar. El muchacho estaba recién salido de la adolescencia y aún no se encontraba seguro de su papel como marido y padre prematuro. Desde que asumió aquella seria responsabilidad intentaba más bien, con escaso éxito, parecer mayor. No podía evitar ser y actuar como un chiquillo. Esa era su propia naturaleza. Por eso la pregunta estaba orientada a una cuestión más doméstica y mundana, y no tan espiritual.

El señor Pifman, una vez entendió el mensaje, bajó a la tierra y sonriendo con gran ternura animó al joven dubitativo. Había que elevarle la moral ya que la tenía totalmente por los suelos en aquellos duros y difíciles momentos.

- ¿Sabes una cosa Gus?... Ahora me acabo de dar cuenta... Y te lo digo en serio... De verdad... -El antiguo soldado oriental dejó un espacio de silencio e intriga mientras lo miraba fijamente

- ¡Tú sí que eres el mejor hombre que he conocido en mi vida!... -dijo cerrando la sonrisa y poniéndose muy serio el señor Pifman.

- ¡Escucha lo que te voy a decir!...

- Tú, haz lo que hazas... incluso perdiendo o equivocándote, estarás siempre muy por encima y muy por delante de muchos de éstos que van por ahí diciendo que son muy hombres... -Sentenció el caballero del turbante.

- ¡Y escúchame bien!... ¡no te vayas a creer que lo digo para animarte!... ¡No!... Te lo estoy diciendo muy en serio... De verdad... De corazón...

Gustafson se quedó en silencio y asombrado. Él sabía que el señor Pifman no bromeaba cuando hablaba en serio. Y aún siendo el gigante oriental una persona de un inacabable buen humor, también se mostraba igualmente justo y responsable cuando respondía en sus firmes sentencias.

Necesitando algo más de convencimiento y ciertamente vapuleado por la última respuesta dada por el señor Pifman, Gustafson quiso afianzar de nuevo aquellas palabras balsámicas pronunciadas por su padre adoptivo.

- No sé... no sé... es... es muy agradable todo lo que dices... y me halagas mucho... ¡no sabes cuánto!... ¡de verdad te creo!... Pero... es que tengo muchas dudas en la cabeza... -acabó un poco triste el muchacho.

Y era cierto lo que decía, las palabras confortables siempre llegan bien pues ellas engrandecen el orgullo y la estima, y sobre todo, relajan las tensiones y las dudas más obstinadas haciéndolas parecer más suaves y diluyentes. Pero no hay que olvidar que, éstas, las palabras dulces, en su aterciopelada danza, a veces, muchas veces, y también una gran mayoría de veces, disfrazan con una gran ornamentación la verdadera y fea realidad,

otorgándoles un rápido, ligero y falso reinado. Cada cual sabe y conoce el color y el calor de su particular fuego interno, reconociendo sin dejarse caer en la trampa de la adulación fácil cuál es el verdadero motivo que originan sus dudas y contradicciones.

- ¡Gus!... te voy a decir una cosa muy cierta... ¡Quién no tiene dudas se está equivocando de plano!... -hizo el señor Pifman una pequeña pausa reflexiva para seguir a continuación.

- Habrá momentos, eso sí, más bien pocos, de calma y quietud pues todas las personas necesitamos descansar tanto física como mentalmente... pero luego, inevitablemente, llegarán los habituales conflictos y dudas que presenta la vida de por sí... ¿entiendes?... Y eso... donde tú lo ves... hace que nuestras vidas se vayan equilibrando diariamente...

-Sería muy perjudicial -prosiguió el señor Pifman- no tener algunos de éstos momentos de dudas, ya que podríamos caer con facilidad en la locura tanto si no dudamos como si lo hacemos demasiado... Además, todos aquellos que dicen estar muy seguros de sí mismos, te puedo asegurar que están más cerca de la locura que los demás pues nadie puede soportar mucho tiempo en total calma, claridad y confianza...

-Y es que la vida no da para tanto...

-Claro, a no ser que se dé en el caso de un ser de esos llamados divinos, que por otro lado, son casi imposibles de hallar... ¿entiendes?...-dijo sonriente al final el señor Pifman cuando explicó al muchacho lo normal y natural que era aquello de tener dudas. Estaba muy claro que Gustafson no era el único en el mundo que las tenía. La humanidad era una seria y real duda que en la mayoría de los casos y de las veces caminaba sin bajarse de ella.

El joven Gustafson digería poco a poco lo que le decía su padre adoptivo. Se tranquilizó y después de unos minutos de silencio habló.

- ¿Tú tienes dudas?... -preguntó inocentemente el muchacho a su padre adoptivo.

El señor Pifman acercándose a él, y de forma un poco cómica, le dijo con mucha suavidad al oído... - ¡Muchísimas!... ¡Gus!... ¡Muchísimas!...

Gustafson sonrió por la forma en que su padre adoptivo le contestó. A continuación, el señor Pifman se acercó de nuevo a él y le terminó diciendo otra vez al oído

-A veces... ¿sabes?... a veces incluso pienso que... ¡Cómo puedo llegar a tener tantas!... ¡Con lo sabio que yo soy!... jejeje...

El joven muchacho se sintió reconfortado al no saberse solo en el mundo de las dudas y de las preocupaciones, y menos aún cuando el señor Pifman, un hombre tan sabio e ilustrado, también las tenía. Era mucho mejor estar acompañado en los momentos tristes y difíciles. Y mucho mejor era el poder compartirlos.

Avanzaban con gran lentitud por el camino que llevaba hasta el valle de Lars Flogstands. Un camino que apenas se distinguía por encontrarse completamente oculto por la espesa y blanca nieve. A un lado, buscando el sendero que llevaba hasta el valle minero, se encontraba el cruce que conducía hasta la aldea de Münstein. Iban todos en silencio cuando al pasar cerca de dicho cruce les salió de repente dos tullidos que venían de la

pequeña aldea. Eran algunos de los madrugadores carroñeros que se dirigían a Vilars Juntag y que ponían rumbo a sus quehaceres diarios. No hubo saludos por ninguna de las partes encontradas, y los dos tullidos, que iban bastante rápidos en su caminar, aminoraron el paso al verse frente a frente con la familia. Un gran silencio y un prudente espacio marcaron la distancia entre todos ellos.

El señor Pifman, estirándose todo lo que daba de sí su altura se puso en guardia al pasar por delante de los interesados espías carroñeros. Les miró con aguda intensidad haciéndoles frenar en seco. Los tullidos se encogieron y se echaron hacia atrás mientras miraban temerosos al gigante oriental del turbante.

Lo cierto era que gran parte de la ofensiva que Vilars Juntag presentó a la aldea de Münstein y a la joven pareja en los tiempos en que aún vivía el padre de Miriam, Franiken Gastald, vino motivada por el caldeado ambiente que aquellos despreciables personajes emprendieron. Ellos, siempre dispuestos a sacar tajada de cualquier situación, fueron los grandes instigadores de aquellos días pasados por mucho que juraran su nula participación en los hechos. Por supuesto, todo el mundo sabía que fueron ellos los que iniciaron toda aquella virulencia sobre la pareja y la propia aldea. Por eso ni tan siquiera se movieron ni hicieron comentario alguno cuando la familia pasó cerca de ellos. Su propia actitud y silencio les delataba descaradamente. Por otro lado, aquellos espías carroñeros tenían gran temor al señor Pifman, entre otras cosas por su enorme corpulencia y estatura, pero sobre todo, por su fama de brujo. Después de todo eran unos indeseables cobardes ignorantes que reflejaban clara y contundentemente cómo era la sociedad en la que vivían.

Ocurrió que con la inesperada muerte de Franiken Gastald, los traidores y falsos "Perros" se vieron repentinamente sin su poderosa protección, por lo que decidieron actuar con gran rapidez y astucia tomando un rumbo opuesto en sus acciones de hostigamiento hacia la pareja y la aldea. El mismo día del fatídico accidente cambiaron su discurso a favor de los jóvenes y sus vecinos. Les iba la vida en ello. Aunque también ocurrió que apenas nadie les dijo nada. Siempre habían sido así. Era el sino inevitable de su existencia.

La familia, una vez traspasado aquel incómodo encuentro, siguió adelante y en silencio por el blanco y frío paisaje. El pequeño Karl, cansado y con los pies helados, fue alzado al cuello del gigantesco hombre oriental. Miriam, con la cabeza gacha y sin inmutarse por nada, era continuamente abrazada y tapada con amor por el joven Gustafson.

Empezó a nevar despacio y el ánimo también empezó a decaer de nuevo conforme iban avanzando. Nadie decía nada. Todo era silencio.

Gustafson pensaba que cuando llegaran al valle rápidamente debería buscar un lugar para instalar a toda la familia. En la propia mina había un pequeño núcleo de chabolas hechas por los propios mineros. Si tenían algo de suerte tal vez podrían encontrar alguna abandonada.

El joven padre, con el pequeño Roubert enfundado en una mochila de piel sobre su pecho, se puso a la altura del señor Pifman. Sin decir palabra e

intentando coger los pasos del largo oriental, caminó junto a él pensativo y enigmático.

El señor Pifman, sabedor de la trifulca mental del muchacho, se acercó a él diciéndole...

- ¿Qué ocurre ahora?... ¿Otra vez con las dudas?...

-Pues... sí... -cortó en seco Gustafson.

-Bueno, pues si quieres... puedes contármelo...

Al muchacho parecía costarle trabajo hacer la pregunta. Sentía que podía ser algo muy íntimo o inconfesable, y por un momento estuvo a punto de desistir en el intento, pero atreviéndose de forma valiente, preguntó rápido...

-Pif... ¿tú crees en Dios?...

Y sin perder un segundo, relanzó de nuevo.

-Bueno... mejor dicho... ¿Tú crees que existe algún Dios?...

Cogido por sorpresa, el señor Pifman, se quedó en silencio. Estaba meditando la pregunta en busca de una respuesta buena y razonable. Tenía que encontrar algo que le sirviera tanto a él mismo como al perdido muchacho.

Estaban en eso cuando al momento el aullido de un lobo en la lejanía de las montañas interrumpió la atención de ambos dejando pregunta y respuesta momentáneamente suspendidas. La nevada empezaba a arreciar, y una pareja de negros cuervos cruzaron veloces en vuelo casi rasante el inapreciable camino, de parte a parte. Los graznidos de las aves despertaron a los silenciosos caminantes después de haber caído en un lapsus originado por el aullido del tal vez triste, hambriento y solitario lobo.

El pequeño Karl, agarrado al turbante del señor Pifman, descansaba su cabeza sobre éste, a modo de almohada. Arropado y cubierto completamente, sus pequeños pies y piernas eran abrazados por el oriental, en un intento de dar algo de calor en medio de aquel escandaloso e impenitente frío eterno.

La respuesta que demandaba Gustafson era difícil y complicada de responder, como casi todas sus preguntas.

Los habitantes del Continente Gris no tenían un concepto ni una idea definida sobre Dios. Más bien no les hacía falta. Éste, o sea Dios, nunca hizo ni mostró señal alguna. Las bondades eran completamente nulas en sus vidas, y por lo tanto, no podía existir nadie que las produjera. Allí, lo que sí eran palpables y reales eran las desgracias y los males. Eso era lo cotidiano. Lo diario y lo usual. Por eso quizás los habitantes del Continente Gris habían creado una serie interminable de demonios, diablos y ángeles malignos. Tantos de ellos casi por cada causa. De modo que a Dios lo habían dejado totalmente olvidado. Claro que esto también era una relación recíproca, pues él, o sea Dios, también parecía haberse olvidado de ellos por completo.

Las gentes del Continente Gris tenían a su disposición cientos de rezos y oraciones para suplicar clemencia y pedir perdón a los demonios y diablos, quienes, según sus creencias, eran los que les enviaban los males y las desgracias a sus vidas. Y debían hacerlo siempre a través de un brujo o chamán que, en la medida de lo posible, aplacara sus furias y les enviara un

poco de misericordia. Esto era algo que por otro lado no servía para nada pues tampoco los demonios y diablos tenían solución para sus problemas, y mucho menos aún, piedad.

Lo cierto es que no existía una excesiva preocupación por ello, más bien se trataba de un montón de ritos, tradiciones, costumbres o supersticiones arraigadas desde hacía mucho tiempo atrás. Así los habitantes del Continente Gris no se sorprendían casi nunca cuando llegaban males y desgracias a sus vidas. Llevaban mucho tiempo habituados a vivir bajo la miseria, la ruina, la maldad, la desconfianza y el miedo permanente como para prestar demasiada atención al reino de lo invisible. Para cualquiera de ellos incluso no hubiera sido una vida normal ni cotidiana aquella donde la comodidad, la salud, la fortuna o la suerte aparecieran de vez en cuando. Eso, en todo caso, habría sido incluso una mala señal o un mal presagio de lo que podía estar por llegar. Por eso hasta era preferible la mediocridad. Aunque también era cierto que siempre quedaba alguien diferente en toda aquella oscura y espesa existencia.

El señor Pifman, no queriendo infundir en el muchacho ideas de tristeza o desesperanza, trató de nuevo de darle algo de entusiasmo e ilusión.

- Bueno sí... Sí, yo creo que existe Dios... -le dijo mientras miraba hacia el cielo levemente y con cierta pena y nostalgia.

- ¡Háblame de Él!... -aligeró entusiasta Gustafson. El muchacho estaba siempre dispuesto a escuchar las historias que contaba el señor del turbante, demostrando con ello su aún intocable, cándida y pulcra infancia. No lo podía evitar, esa era su condición.

El señor Pifman sonrió asombrado por la graciosa y juvenil actitud del muchacho, y observó detenidamente su simpática y afable cara pecosa perdiéndose por el final de sus ojos azules. Pensó para sí mismo hasta el punto de emocionarse lo increíble que era aquel muchacho. El señor Pifman se preguntó en un invisible segundo, cuán extraordinario era que pudieran existir en lugares tan inhóspitos como aquél, seres tan increíblemente inocentes, limpios, impecables y maravillosos como Gustafson. Y apretando las piernas del pequeño Karl sobre su pecho, el antiguo soldado oriental sintió sobre sí la tremenda intensidad que aquellos pequeños ángeles imprimían sobre su existencia. Una grandeza en forma de cálida ternura recorrió todo su ser. Una grandeza capaz de derretir inmediatamente todas las heladas montañas de aquellas tierras. Miriam, Gustafson, Karl, el pequeño Roubert...

Mientras recogía en su interior esos sentimientos sintió de repente una inmensa e incontenible rabia. Al momento retiró su mirada del joven Gustafson y miró rápidamente hacia el lado contrario al mismo tiempo que respiraba profundamente e intentaba, en lo posible, despejar de sus enrojecidos y humedecidos ojos unas recién llegadas lágrimas de coraje e impotencia.

Gustafson, contrariado le preguntó...

- ¿Qué ocurre Pif?...

El señor Pifman, aspirando sus lágrimas, y forzosamente contenido, negó con la cabeza...

- ¡No, nada... Bueno... sí... Creo que antes me equivoqué... Perdona...

- ¿Te equivocaste?... pero bueno... te equivocaste en ¿qué?... No sé lo que quieres decir... -preguntó Gustafson algo contrariado a la vez que intentaba mirar el rostro de su padre adoptivo.

- A ver Gus... Lo que quiero decir es... que... bueno... que después de pensarlo bien... no creo en verdad que exista ningún Dios...

El muchacho, aún más confundido por la respuesta, se quedó observando el rostro duro y enfurecido del hombre del turbante, quien con intensa rabia y coraje, miraba rencoroso al cielo plomizo queriendo descubrir tras las agobiantes nubes grises, tal vez, la cara cobarde de aquel supuesto Dios creador de todas las cosas. Si éste se encontraba allí estaría escondido como una gallina temerosa.

-Pero bueno... ahora soy yo quien está confundido... A ver... ¿crees o no crees en Dios?... -preguntó de nuevo el joven por completo ajeno al drama interior del señor Pifman.

Recomponiendo su alterado estado de rabia, el antiguo soldado oriental aspiró profundamente dejando un espacio desahogado antes de contestar. Pero fue en esos precisos momentos, cuando, de pronto, al fondo del camino, entre la densa niebla helada, divisaron un extraño y oscuro bulto que se acercaba hacia ellos.

Aquello parecía un carro, aunque era muy extraño pues producía un sonido parecido a un tintineo de campanillas. El señor Pifman y Gustafson aminoraron tanto el paso que al final se detuvieron. Estaban bastantes intrigados. Sin esperar mucho por fin salieron de dudas. Efectivamente, aquello era un carro tirado por dos caballos de robustas patas que avanzaba muy lentamente por el camino cubierto de nieve, el cual, con su cadencioso movimiento, ponía en marcha unas pequeñas campanillas que colgaban de las lonas y de los arcos de los animales, siendo algo verdaderamente extraño e inusual, y que sin embargo, le daba un aspecto muy amable y simpático.

A los lados, por los bordes del camino, entre los árboles, surgieron de pronto dos grandes perros que parecían escoltar y proteger el carro.

Una vez estuvo ya más cerca pudieron distinguir quien lo conducía. En un primer momento dudaron, pero luego comprobaron que se trataba de una anciana. Ésta, completamente oculta en el carro, sacaba su pequeña y arrugada cabeza por entre las lonas que cubrían el mismo. Poco antes de llegar a la altura de los caminantes el carro se detuvo y la señora les saludó al mismo tiempo que les solicitó atención. El señor Pifman y Gustafson, sin embargo, no avanzaron. Se quedaron en el mismo sitio. La presencia de los dos grandes perros impedía cualquier acercamiento. Ambos eran muy grandes, enormes.

La mujer, sabiendo del respeto que los canes infundían, los alejó de allí con una señal de su voz. A continuación, la anciana, de nuevo, con gran amabilidad, invitó al señor Pifman y a Gustafson para que se acercaran sin temor. El caballero del turbante, confiando en la inusual aunque amable actitud de la mujer, se acercó hacia ella. Gustafson, por su parte, se quedó un poco atrás junto a Miriam.

- ¡Hola!... ¡buenos días!... -dijo la anciana con una sonrisa ciertamente encantadora.

-Quisiera hacerles una pregunta... y es que ocurre que con tanta nieve me he perdido y no estoy segura de si por este camino voy bien hacia el sur...
-preguntó la mujer al mismo tiempo que de una rápida ojeada observó a toda la familia.

-Bueno sí... por aquí se va bien... Aunque aún le queda mucha distancia por recorrer... -respondió el señor Pifman con la cara, la barba y el bigote llenos de nieve.

-No me importa... en verdad no tengo mucha prisa... pero de todas formas le agradezco mucho la información... Muchas gracias... -dijo la anciana educadamente. La amabilidad y educación de la mujer del carro sorprendió a los caminantes. No era normal ni habitual aquella agradable deferencia. Nadie se mostraba tan amable en aquellas oscuras y frías tierras del Continente Gris. Era muy extraño. Ciertamente muy extraño.

Antes de poner en marcha el carro, la anciana observó de nuevo a la familia y miró con más atención a Miriam y a los pequeños Roubert y Karl. El pequeño Roubert era llevado por Gustafson en una especie de mochila que había hecho con gran destreza el señor Pifman, y Karl, su hermano mayor, iba encima de los hombros del señor Pifman, tapado completamente. Antes de partir, un poco tímida, la anciana preguntó...

-Perdonen mi atrevimiento... ¿Hacia dónde van?...

-Nosotros vamos al valle de Lars Flogstands... -respondió rápido Gustafson.

- ¡Ah!.. -dijo la mujer sin saber qué lugar era ese mientras miraba directamente a la inalterable y silenciosa Miriam.

- ¡Bien!... pues nada... que tengan ustedes un buen viaje... y muchas gracias por todo... - La anciana se despidió de nuevo de los caminantes con gran cortesía. El carro, tirado por los caballos robustos, avanzó lentamente acompañado a los lados por los grandes perros y por el alegre tintineo de las campanillas perdiéndose al momento por el nebuloso y frío camino.

La fuerte tormenta de nieve fue cesando poco a poco y los caminantes se pusieron de nuevo en marcha. El señor Pifman, después de aquel encuentro, creyó en la necesidad de un descanso para el grupo. No tanto para él como si para los helados niños y la joven pareja. Hacía ya largo rato que andaban y el frío era hiriente, así que después de aquel inesperado y extraño encuentro con la anciana aprovecharían para hacer una fogata. Se calentarían un poco, comerían algo, descansarían, y luego más tarde, seguirían con el viaje.

Al amparo de una gran roca media hueca que se encontraba cerca del camino, se guareció el grupo. El señor Pifman y Gustafson una vez dejaron a Miriam y a los pequeños bien acomodados recogieron rápidamente leña para hacer un conciliador y necesario fuego que los despertara y desentumeciera de aquel frío infernal.

En el fondo del bosque un pequeño grupo de ciervos jóvenes observaba con atención y curiosidad a la familia recién llegada. Las urracas, habituales habitantes de aquellos profundos parajes, se acercaron también curiosas e inquietas.

Gustafson y el señor Pifman, cada uno por un lado, se pusieron a recoger leña, formando un gran montón junto al recodo de las rocas. Con cierta dificultad debido a la gran humedad que presentaban las mojadas y frías ramas, pusieron finalmente en marcha un fuego generoso. Al rato, los cuerpos y los ánimos de todos empezaron a calentarse. Con unas pobres y escasas provisiones, la familia se dispuso a tomar algo, más bien poco. Pero estaban en eso cuando de repente observaron cómo los ciervos echaron a correr espantados. Las urracas también hicieron lo mismo volando precipitadamente hacia las copas de los árboles cercanos. Sin saber a que se debía tal brusco movimiento, el señor Pifman y Gustafson se mostraron alertas ante cualquier imprevisto. Tal vez podía haber por allí bandidos o ladrones quienes seguramente habían percibido la presencia de la familia.

Al momento, por entre los árboles del camino, aparecieron de nuevo los dos grandes perros que acompañaban a la anciana del carro. Rápidamente Gustafson y el señor Pifman se pusieron en guardia. El hombre del turbante echó mano de su espada como precaución en un posible ataque de los grandes canes. Aquella aparición imprevista de los animales era ciertamente extraña. De pie y muy confusos observaron como los grandes perros se quedaron quietos en la distancia sin mostrar aparentemente ninguna intención. Parecían esperar algo. De pronto y con gran lentitud, los canes echaron marcha atrás hasta perderse de nuevo por donde habían venido. El silencio se hizo dueño de aquel presente. Durante unos instantes una tensión invisible sobrevoló por el lugar, y entre el crepitar de las llamas de la hoguera, se escuchó de nuevo el tintineo de campanillas del carro de la anciana. A continuación vieron aparecer el carro que se detuvo a la altura de ellos en el camino.

- ¿Se habrá perdido o se habrá equivocado?... -preguntó Gustafson al señor Pifman quien se encogió ligeramente de hombros al mismo tiempo que echaba algo de leña al fuego sin perder de vista el carro. Ambos esperaron a que asomara la anciana. Ésta, que se encontraba en el interior del carro, parecía estar buscando algo con insistencia. Al instante paró su ajetreado movimiento y a través de la pequeña abertura hecha expresamente en la lona, asomó su diminuta cabeza y llamó al señor Pifman y a Gustafson. Dándose cuenta del respeto que tenían los acampados hacia sus perros, la anciana les dijo que no temieran. Los canes ya sabían por la propia actitud de su dueña que no había motivo ni causa alguna para que tuvieran que entrar en acción. No había señal para ello.

Cuando el señor Pifman y Gustafson llegaron junto al carro no vieron a la anciana pues de nuevo se metió dentro de él.

-Un momento... estoy aquí dentro buscando algo... de... ahora voy... ahora mismo salgo... -respondió rápidamente la anciana al saber que se encontraban esperándola.

Ésta parecía buscar algo en el interior del carro a tenor del movimiento y ruidos que estaba haciendo. El señor Pifman, por su parte, hizo una mueca contrariada al joven Gustafson, quien igualmente se encontraba ansioso por saber qué ocurría allí dentro. De vez en cuando, padre e hijo adoptivos,

echaban una mirada a los perros, los cuales se encontraban echados en el suelo a unos metros de ellos completamente dóciles y relajados.

Por fin de pronto apareció la mujer enfundada en su gran abrigo de piel llevando en sus manos un saco grande de tela.

–Esperad un momento... que aquí tengo más... –la anciana frenética, no paraba. –Tomad... id cogiendo estos abrigos y que se lo pongan la muchacha y los niños... estarán congelados con este frío maldito... –la solitaria viajera ofreció las prendas de vestir con una cordialidad inusual.

Gustafson se quedó muy sorprendido con aquel detalle y sonrió amablemente mientras miraba entusiasmado con sus simpáticos ojos azules al señor Pifman. El hombre del turbante, quien durante aquellos días se encontraba especialmente sensible y a la vez enfurecido por las circunstancias adversas en la que se encontraban la pareja de jóvenes, se sorprendió enormemente por la actitud de la mujer. Así de repente se acordó de la última pregunta que le hizo Gustafson momentos antes y acercándose a él le dijo suavemente...

– ¿Sabes Gus?... tal vez antes me equivoqué...–dejó el señor Pifman dejando un pequeño espacio de silencio

–He de rectificar... Sí... La verdad es que sí, creo que me equivoqué... Verdaderamente Dios existe... o al menos debería existir... –afirmó emocionado el oriental.

La anciana, que había escuchado lo que dijo el señor Pifman, rápida como una flecha sacó su cabeza por la abertura de la lona y se metió en medio de las casi imperceptibles palabras del señor Pifman. Dirigiéndose al sorprendido Gustafson le dijo alegre y feliz...

– ¡Pues claro que Dios existe!... ¡hombre!... ¿no va a existir?... –hizo la anciana una pequeña pausa al mismo tiempo que mostraba una graciosa sonrisa convencida.

– ¿Quién puede de dudar eso?... y además... ¡Aquel que lo haga... o está muerto... o está perdido!... ¡Y por supuesto!...!con total seguridad será un engreído!... –insistió finalmente con gravedad.

Gustafson, sorprendido y admirado por las palabras pronunciadas por aquella solitaria mujer, miró a su querido padre adoptivo. Aquella era una señal de alegría y esperanza para su aplastante vida. La señora dejó boquiabiertos a los caminantes con sus palabras y aún mucho más con lo que llevaba en carro. Más tarde, una vez todos alrededor de la fogata, supieron que la anciana se dirigía hacia el extremo sur del Continente Gris, concretamente hasta las llamadas Puertas del Precipicio. Gustafson ignoraba la existencia de aquel lugar, pero sin embargo el antiguo soldado oriental sí creyó haber escuchado algo sobre ello.

A la anciana le acompañaban, aparte de sus caballos y los dos grandes perros, una cabra que llevaba en el interior de la carreta y que le suministraba leche en su largo viaje. Así que después de mucho tiempo sin compañía y sin descanso, la mujer quiso hacer un alto en el viaje, y afortunadamente aquel encuentro con la familia fue del todo acertado y providencial.

Aquella extraña pero encantadora mujer ofreció llevar en su carro a Miriam y a los pequeños hasta el valle de Lars Flogstands. Lo cierto era que

tenía cierta prisa en llegar a su destino, sin embargo aquel encuentro con aquella familia tan simpática le hizo posponer su viaje. Anna Mann, que así se llamaba la anciana, rehacería otro día el camino ya que en aquellos momentos se encontraba muy cómoda con ellos.

Anna les contó que procedía de Marajhunda, un lugar al noroeste del Continente Gris, y que abandonó para siempre dejando atrás familia y riquezas. Anna Mann fue esposa de un alto noble que gobernaba un amplio territorio en el reino de Brakasjthán, al norte de la región de Marajhunda. Su marido, Horkhon el Fuerte, falleció en una cruenta batalla en los límites del reino mientras servía en las tropas del rey Drak Al Kharaham. Fue entonces cuando Anna, al quedar viuda, heredó todas las tierras y propiedades de su marido. Pero aquella herencia, con el devenir del tiempo, se convirtió en toda una desgracia más que en un beneficio. Y todo vino a raíz de la desmedida ambición de sus dos hijos, Garthnof y Esculk, quienes se enfrentaron a su madre en el reparto de la herencia dejada por su padre, manteniendo incluso con ella fuertes disputas.

Garthnof y Esculk querían acceder a su parte de la herencia sin tener que esperar a una futura decisión de su madre. Ellos estaban dispuestos a vender absolutamente todas las posesiones ya que, según decían, era la única fórmula posible de poder obtener de forma equitativa sus partes correspondientes, y evitar así posibles conflictos entre ellos. Anna, por su parte, intentó hacerles ver la conveniencia de conservar los territorios y propiedades como un importante recurso económico. Pero fue en vano.

El sistema del dinero ya empezaba a causar estragos después de llevar poco tiempo implantado en aquel Continente Gris. Anna decidió desheredar cautelarmente a sus hijos para que éstos, de momento, pudieran recapacitar. Sin embargo aquella medida fue mucho peor ya que se vio incluso amenazada y atrapada en su propia casa.

Anna no entendía como sus hijos habían sido capaces de llegar a esos extremos. Ella, que siempre fue una mujer prudente, comprensible y justa hasta con sus sirvientes, comprobó en aquellos momentos como sus propios hijos, familiares y personas de confianza se convirtieron de la noche a la mañana en malvados personajes sin escrúpulos. Llegó un momento en el que no se sentía nada segura entre ninguno de ellos. Nadie era de fiar. Y Anna, que desde siempre tuvo confianza en los corazones de las gentes, creyó incluso que algún día éstos despertarían por fin. Sin embargo poco a poco comprobó cómo eso iba a ser una tarea harto difícil y complicada, llegando a rendirse ante la aplastante evidencia.

- ¡No puede ser... no puede ser!... ¡Debe haber alguien!... ¡Aunque sólo sea uno!... ¡Tan sólo uno en toda esta maldita tierra!... ¡Uno sólo!... ¡Uno solo que sea de verdad!... ¡Debe haber alguno!... ¡No puedo creer que sea imposible!... -se decía siempre a sí misma intentando buscar una mínima luz al final de toda aquella oscuridad impenetrable.

Anna contó que un día llegó a su castillo un muchacho que le pidió trabajo como sirviente, y aunque verdaderamente no le hacía falta nadie, ella, sin saber por qué, lo aceptó. Aquel muchacho era completamente diferente a los demás pues no ambicionaba, no envidiaba y no codiciaba

nada. Jacob, que así se llamaba aquel joven, estuvo realizando labores de limpieza y mantenimiento en las cuadras durante un cierto tiempo. Luego se marchó. Pero sucedió que poco antes de irse, contó muy convencido a Anna una extraña y singular historia sobre un lugar conocido como las Tierras del Sol, más allá del Continente Gris, al sur, traspasando el llamado Océano Separador.

Cuando partió Jacob dijo que se dirigía hacia el extremo sur del Continente Gris, a las llamadas Puertas del Precipicio. Allí decía que se encontraban los que aguardaban el paso hacia las Tierras del Sol. Unos pocos a los que siempre estuvo buscando. Unos pocos a los que siempre necesitó. Unos pocos a los que nunca vió pero siempre añoró. Unos pocos ilusos. Unos pocos que sí eran libres.

Decía Jacob que eran muy pocos los que hasta allí se acercaban, y en efecto eran muy pocos puesto que muy pocos eran los que tenían fé y confianza en la existencia de la también poco conocida leyenda de aquellas míticas Tierras del Sol. Anna en un principio no prestó demasiada atención a lo que le contó Jacob sobre aquello. Su situación personal no pasaba por los mejores momentos, y después de la marcha del muchacho las cosas empeoraron aún mucho más viéndose completamente amenazada por la desmedida avaricia de todos aquellos que la rodeaban. Sus directos descendientes, sus propios hijos, se volvieron en contra de ella atacándola de forma incomprensible. El nuevo sistema económico, y su más directo verdugo, el dinero, estaban causando sus primeros resultados nefastos. Anna tuvo entonces que buscar protección en su propio castillo, cerrando con llave y cerrojos sus habitaciones pues existían fundadas sospechas de posibles intentos de secuestro y asesinato hacia ella. Ni tan siquiera podía confiar en sus propios guardianes.

Anna intentó una y otra vez poner orden en aquella insoportable espiral de persecución y traición, pero los días, las semanas y los meses pasaban y todo seguía igual. Un día, después de haberlo meditado durante largo tiempo, preparó a escondidas de sus hijos una carreta con todo lo necesario para escapar de allí. Lo había pensado bien y ya estaba decidida. Con enorme cautela y prudencia evitó incluso dar cuenta de sus intenciones a su propio personal y séquito de confianza. Las traiciones se hallaban por todos lados. Pero antes de partir Anna reunió de nuevo a sus dos hijos en privado sin sus respectivas esposas. Antes de dejarlo todo y marcharse quería conocer en que punto se encontraba su relación con ellos y la de ellos entre ellos mismos. Y comprobó, ya sin pena ni dolor, cómo sus hijos se habían convertido en unos monstruos despiadados y sin corazón que solamente se movían, respiraban y se alimentaban por el poder y la riqueza. Algo esto que tampoco era de extrañar pues así se manifestaban todos los habitantes de aquel oscuro y frío Continente Gris. Finalmente Anna no reparó en mirar hacia delante y dejarlo todo atrás. Adiós al hogar, adiós a la familia y adiós a toda aquella mentira que nunca fué verdad. Todo, todo lo que le rodeaba era un intenso e interminable infierno. Aguardó durante mucho tiempo la oportunidad y la ocasión para que algo, aunque fuera mínimo, cambiara.

Pero al final vió con amargura que nunca sería posible. Los pobres querían ser ricos y los ricos no querían dejar de serlo. Se pasarían la vida luchando y conspirando los unos con los otros y además entre ellos mismos. Una vida que por supuesto no era vida. Una vida que era arrojada y despreciada gratuitamente. Una pena. Un dolor. Una maravillosa oportunidad perdida para siempre. Todos, absolutamente todos, se ahogaría en aquella pesadilla de locura.

Anna, por su parte, intentaría encontrar las Tierras del Sol. Si en verdad éstas existían, sería lo más maravilloso que le hubiera ocurrido en su vida. Y si por el contrario todo aquello era el invento de algún loco soñador, bendito loco que era capaz de soñar así. Una locura de esa magnitud sí merecía la pena. Allí quedó la historia de Anna, que siendo suya, no quiso cargarla para el resto de su vida como un pesado bulto inservible. La dejó en la puerta de su castillo, junto al último escalón.

XVIII

Después de algunas semanas de estancia en la ciudad de Barcelona y pueblos de alrededores, Al Hakem se despidió de todos los tripulantes de la expedición y del buque "Lucero del Estrecho." Al día siguiente tomaría rumbo junto a un pequeño grupo venido de otros lugares de la península y del continente de África hacia París, la Ciudad de Cristal, para luego desde allí dirigirse hasta la región más septentrional de las Tierras del Sol, y a continuación embarcar hacia la Isla de la Zona Neutral. Una vez allí, se unirían todos a otras gentes venidas desde el Continente Europeo, las tierras de la Australasia y también de las Américas. Todos los integrantes de la expedición fueron elegidos para estudiar e informar sobre los extraños y preocupantes cambios que se estaban produciendo en aquella zona, concretamente en el llamado Océano Separador.

Antes de partir hacia la Ciudad de Cristal Alhakeem envió una carta a su hijo Aly a través de los rápidos y regulares servicios de mensajería que recorrían toda la península. Solían escribirse cada varios días y para ello utilizaban cualquier modalidad del servicio de correo rápido que existía en las ciudades o pueblos donde se encontraran. Los envíos urgentes se hacían normalmente a través de mensajeros a caballo o palomas mensajeras. Éstas últimas, las palomas, recorrían unos circuitos ya preestablecidos para evitar pasar por territorios habituales de aves depredadoras, aunque esto no siempre impedía que la naturaleza hiciera su trabajo habitual y natural. Un trabajo, que por otro lado, seguía formando parte de la propia Existencia.

Los habitantes de las Tierras del Sol habían comprendido y aceptado todos los aspectos y manifestaciones que la vida ofrecía. Por eso ellos no mostraban tristeza ni pesadumbre cuando la vida se acababa o se deterioraba por el paso del tiempo u otras circunstancias. Al fin y al cabo esto era algo normal y natural en la propia cadencia de la Existencia. Ellos

entendían que la vida era una gran e irrepetible oportunidad que se debía gustar al máximo, y por tanto era también un extraordinario regalo que se sustentaba y desarrollaba en unas medidas de tiempo y espacio creados al efecto, siendo contrario pretender que la vida fuera una estancia permanente en un lugar permanente con una conciencia y un cuerpo permanente. Esto lo sabían muy bien los habitantes de las Tierras del Sol, quienes comprendían y asumían que era necesario experimentarla y sentirla de la forma más alta que sus conciencias les permitía.

Ellos eran conscientes de su limitada existencia al saberse pertenecer a un orden temporal y espacial particular, por lo que asistidos por su alto nivel evolutivo, hicieron que esa estancia más o menos prolongada en aquel mágico espacio y tiempo llamado Vida, fuera lo más completo, agradable y enriquecedor posible.

Los habitantes de las Tierras del Sol no se consideraban superiores dentro de todo aquel extraordinario orden natural donde se desarrollaban, y por esa misma razón aceptaban con gran respeto la labor y estancia de todos los demás seres que habitaban junto a ellos. Habían aprendido a través de los siglos que se debía rendir un favorable agradecimiento hacia todo lo creado, y gracias a los Sabios Antepasados habían logrado por fin alcanzar aquella meta.

La concepción que tenían de todo lo que les rodeaba había llegado a un punto tan elevado que incluso la propia naturaleza compartía con ellos dicha intención. El ser humano, según las enseñanzas de los Sabios Antepasados, debía ser el fiel, leal y merecedor guardián del estado de todas las cosas. Él había sido creado como último escalón entre las múltiples creaciones físicas y mentales de la naturaleza primitiva, y como hermano mayor de toda ella, debía guardar y respetar a todos los que estaban a su alrededor. El concepto de por encima o por debajo en el ser humano evolucionado se tomaba en todo caso como un camino y un apoyo, y nunca como una ventaja o una conveniencia partidaria.

La fuerza animal y la fuerza mental tuvieron su lugar, tiempo y oportunidad en los primeros pasos del conocimiento humano haciendo inevitable y razonable su uso, pero también se hacía imprescindible que el ser humano, siendo el más privilegiado de las criaturas vivientes, comenzara a caminar hacia adelante como ser creado especialmente para ello. Los Sabios Antepasados fueron quienes ayudaron a colocar los primeros escalones de subida hacia la evolución voluntaria. Una evolución voluntaria que, antes o después, sería necesaria e imparable en todo ser humano. Nunca se podría evitar. Ése y no otro era su cometido.

Los Sabios Antepasados explicaron también que el Tiempo era un factor indispensable junto al Espacio para que pudiera ocurrir la extraordinaria manifestación de la Vida. Ambos, el Tiempo y su hermano el Espacio, creaciones llegadas desde el mismo corazón del Universo, su Padre, determinarían precisamente los puntos de creación para el establecimiento de la misma. Ellos, delegados directos de su Padre Creador, construyeron e hicieron realidad la Gran Obra proyectada, y sus descendientes vivos con más capacidad de entendimiento y comprensión, los seres humanos, serían

los mayores beneficiarios de toda aquella Creación. Pero claro, todo a su debido tiempo y lugar pues antes los seres humanos debían demostrar ser merecedores hijos de tan insignes padres, el Tiempo y el Espacio, y para eso había que dar primero paso al crecimiento personal como lógica escalera hacia la comprensión.

En ese periodo de aprendizaje, como escuela necesaria, entrarían todos los demás elementos que dieran forma al futuro ser. Por eso, los habitantes de las Tierras del Sol, no despreciaban absolutamente nada de lo creado. Habían llegado a una elevada altura de comprensión, y no lo hicieron de mano de la llamada Inteligencia, la cuál debía ser antes abandonada en el mismo instante que se alcanzaba el primer escalón de la Sabiduría, pues antes de entrar en ésta era obligado desprenderse de todo aquello que fuera una carga. No se podía volar con peso excesivo ni taras que lo frenaran. Algunos que no siguieron al pie de la letra estas primordiales instrucciones, y, que sin embargo, obstinadamente siguieron adelante en muchas ocasiones, cayeron finalmente agotados una y otra vez al suelo tantas veces como lo intentaron. Y otros, o tenían miedo o sencillamente no querían volar. Éstos, que formaban la gran mayoría, irremediablemente, aplazarían su oportunidad.

El día se presentaba despejado y luminoso en todo el litoral mediterráneo, tan sólo algunas pequeñas nubes aparecían tímidamente sobre el cielo de Barcelona.

Al Hakem se despidió de Ismahel y de todos los tripulantes del "Lucero del Estrecho" durante el almuerzo. Tardarían algún tiempo en volver a verse de nuevo, en Algeciras, su pueblo natal, aunque para Al Hakem como para cualquier habitante de las Tierras del Sol, la distancia o el alejamiento de su habitual residencia no suponía ningún contratiempo ni nostalgia. Todos ellos eran incansables viajeros, ávidos de conocer otros lugares, paisajes, gentes y costumbres diferentes.

El concepto de hogar no se utiliza habitualmente entre los habitantes de las Tierras del Sol, aunque en algunos casos se usa para hacer referencia al Universo, al Cosmos o a la Creación en sí misma como punto de partida y final de todo lo existente. Esto precisamente demostraba que el arraigo hacia cualquier persona, ser o cosa no era algo normal ni habitual entre los habitantes de las Tierras del Sol. Los propios hermanos, hijos, padres o familiares directos no dejaban de ser tan iguales para ellos como cualquier otro que no lo fuera. No había distinción que separara pues existía el amor, el afecto o la deferencia hacia todo el mundo por igual. Ellos no entendían el concepto de familia como lo hacían los antiguos y primitivos habitantes del planeta. La palabra familia dejó de usarse en las Tierras del Sol porque su propio concepto, precisamente, delimitaba, obstaculizaba y discriminaba todas las demás relaciones. Esa idea de la familia hubiera sido contraria e incompatible en una sociedad como la suya.

De tal modo, la emoción, la admiración y el afecto que Al Hakem sentía hacia su hijo Aly era exactamente igual que hacia otro hijo natural de otras personas. Ahí se exponía la importancia que tenía para todos los habitantes de las Tierras del sol la idea de la creación Universal y todo lo que esto significaba. La creación particular e individual era hija y espejo de la creación

Universal, por lo que no podía haber partición de la fuente, sino eslabones continuados, activos e inseparables del principio primero.

De todas formas las relaciones familiares y sus vínculos particulares guardaban siempre un afecto importante y especial por la cercanía y la vida en común, pero esto sin embargo no impedía ni diferenciaba otras relaciones que no tuvieran ese mismo carácter sanguíneo o afín.

Los primitivos humanos, encadenados a su baja evolución inferior, y por ello, aún muy cercanos a la condición animal, otorgaban más confianza, beneficio y mérito a quienes les ofrecían mayor o menor consideración según su cercanía familiar, afinidad o amistad sobre ellos. Un grave error que luego se podía trasladar por igual a cualquier intencionada e interesada conveniencia ya fuera de raza, religión, país o política, creándose de esa forma las interminables e incomprensibles guerras y conflictos que aquellos seres humanos tenían siempre entre ellos mismos.

En esas primeras y primitivas condiciones de innegable carácter animal, el ser humano terminó cayendo en el drama del desorden y el descontrol. Ahí perdió el sol de la conciencia universal, destruyendo inconscientemente el brillante lazo que les creó. Una destrucción y pérdida que fue ocasionada por la llamada Inteligencia, sillón de oro y plata limitado que durante muchos miles de años mantuvo sentado, inamovible, imperturbable y decapitador al hombre inteligente sobre todas las demás criaturas y cosas, incluido lo Universal, su único y verdadero origen y final, a lo cual también, en su presta arrogancia, dejó de creer y reconocer.

El Hombre Caído llegó hasta ahí por propia decisión. Ésa era su creación y en ella viviría hasta su propio fin. Un pobre, inexperto, limitado, iluso e incompetente aprendiz de creador que como resultado de su engreída posición privilegiada acabó destruyéndose a sí mismo y a todo lo demás. Despreció sin aprecio alguno el más maravilloso y magnífico regalo que nunca pudo imaginar, esto es, la Vida. Y con ello la Comprensión Universal.

Pero, sin embargo, allí, al final de aquel juego caprichoso de aquellos inconscientes e irresponsables seres humanos, se encontraban sus hermanos los Sabios Antepasados, quienes imperturbables en el tiempo y en el espacio, dieron alimento y refugio a los agotados aventureros. Éstos últimos, una vez comprendieron y reconocieron su verdadero origen y fundamento, contemplaron dichosos como el sol y los demás astros del increíble y eterno Universo, brillaron aquel día como nunca lo habían hecho antes. El firmamento se abrió colosalmente como una espléndida flor. Un gran día sin duda para todo ellos.

Y un buen día de lluvia plácida y fina tuvieron también los expedicionarios que estaban en Madrid, la ciudad centro de la península de Iberia. En su estancia recorrieron los múltiples y grandes museos, exposiciones, conciertos de música y ferias de diversa índole, entre otras muchas actividades que se daban en la magnífica ciudad.

Josué, monitor de la expedición que llegó de la comarca del Campo de Gibraltar, llevó a los expedicionarios al Centro Universal, un lugar donde se impartían toda clase de charlas y conferencias relacionadas con el carácter Universal que sostenía la vida y la existencia en las Tierras del Sol. Dicho

centro era uno de los más grandes y bellos de toda la península de Iberia, y estaba ubicado dentro de un inmenso parque a las afueras de la ciudad, el cual estaba constituido en su gran extensión, por numerosos lagos, llanuras, arboledas, caminos y bonitos paseos que deleitaban a los siempre sorprendidos visitantes.

En el centro geográfico del parque, a orillas del más grande de todos los lagos del recinto, se encontraba el núcleo principal de aquel Centro Universal, el cuál estaba formado por un conjunto de altos, estilizados y bellos edificios contruidos todos ellos con una sorprendente, novedosa y curiosa arquitectura de forma cónica. Cada edificio era de cristal, y todos completamente diferentes a los demás en cuanto a su tamaño y color, demostrándose así el gran ingenio e imaginación de sus diseñadores y constructores. Era allí, en aquel fantástico lugar, donde se hallaba gran parte de la estructura funcional de aquel Centro Universal. En dicha localización se encontraban las grandes y confortables aulas de conferencias, las salas de exposiciones, las galerías de muestras científicas, los centros de reunión y distensión, y también los agradables recintos de llegada y recepción al Centro. Luego, ya fuera de aquella impresionante ciudad de cristal, se encontraban los edificios, residencias y estancias donde se albergaban los visitantes.

Éstos, cuando visitaban por primera vez el Centro Universal, normalmente se instalaban en sus residencias durante varios días para poder asistir a todas las charlas y explicaciones que se impartían en el lugar. Verdaderamente aquel Centro Universal de Madrid estaba contruido con una magia artística increíble. Su diseño y estructura eran de ensueño y fantasía. Parecía una pequeña ciudad encantada en medio de aquel bello y frondoso parque. Y pareciendo de fantasía sin embargo era cierta y real. Totalmente cierta. Completamente real.

Algunas nubes empezaron a pasear silenciosas y con gran tranquilidad por el celeste e infinito cielo de Madrid mientras Karím y la bella Nubis se mostraban encantados de conocer aquella increíble ciudad.

Madrid era enorme. Por lo menos harían falta varias semanas para poder visitarla y conocerla por completo. Pero no había prisa. En las Tierras del Sol nunca había prisa por absolutamente nada. No había ninguna razón para ello. Absolutamente ninguna.

Cuando los expedicionarios del Campo de Gibraltar llegaron al Centro Universal de Madrid fueron gratamente recibidos en la entrada del parque por algunos de los monitores de las clases y conferencias del propio centro. Días más tardes, una vez ya se hallaban del todo instalados, asistieron a la presentación de todo el equipo de profesores y monitores del centro, y Aurora, la monitora encargada de las conferencias del Amor, abrió el primer día de enseñanza con una charla espaciosa.

Una vez dió la bienvenida a los distintos grupos se presentó y dijo...

- ¡Hola a todos!... soy Aurora... y me alegro mucho que halláis venido hasta Madrid... -recibió la joven profesora a los participantes con una agradable y cálida sonrisa.

-Bueno, en este Centro Universal ampliaremos y conoceremos todo lo relativo a nuestra magnífica y maravillosa existencia... Y entre vosotros y nosotros lo disfrutaremos en toda la dimensión que queramos... ¿de acuerdo?... -De nuevo Aurora sonrió plácidamente.

-Mis compañeros os ampliarán las charlas... y yo, de momento, en particular, os hablaré del Amor... El Amor en toda su extensión, origen y cometido además de sus virtudes, sus grandezas, sus defectos, sus malformaciones, sus proyecciones... y sobre todo... su principio esencial...

-Quiero deciros para empezar que el Amor es el único y verdadero motor de todo lo que conocemos como Vida... Bueno, esto es algo que ya todos sabemos de sobra... ¿verdad?... Pues bien, entonces apreciaremos que el Amor es la exclusiva, grandiosa y poderosa fuerza capaz de crear todo lo creado... Al fin y al cabo Él fue el primer pensamiento Creador... Él fue la Acción Primera...

-Pero ante todo que quede claro que estamos hablando del Amor Universal... El Amor Creador... El Amor Primero... y luego, ya sabemos todos... que hay otra clase de amor y de amores... ¿verdad?... -dijo Aurora un poco bromista refiriéndose al concepto antiguo y primitivo del amor.

-Bien, entonces comprenderemos que el Amor es una única y sola cosa que, en verdad, para ser presenciada y formar parte de una realidad perceptible, tuvo primero que dividirse necesariamente en dos... y la acción y unión de aquellas dos fuerzas magistrales... crearía finalmente la Vida...

-La Atómica Unidad... para manifestarse en posibilidad física y tangible debía hacerse a través de dos puntos de creación...

-Los Sabios Antepasados, después de mucho tiempo, llegaron a entender el verdadero significado y sentido del sentimiento más increíble, grande, hermoso y único que podía llegar a existir... Y también sabemos todos que esto el hombre primitivo, en su primitiva inteligencia, lo llamó Dios... Aunque bueno... no estaba mal... ¿no?... al fin y al cabo, de alguna forma había que darle algún nombre... Pero claro, la lista de los nombres que se daban era tan extensa que sería demasiado largo de exponer aquí ahora...

-Entonces así fue como se comprendió al Principio Primero como al Absoluto Creador de Todo lo creado... Él, Ella o Lo, como queráis conceptualarlo, eso es lo de menos, es en realidad la única Fuente de donde emana todo lo existente...

-Y el Amor... así... siendo la Causa Primera de todo lo creado, se esparció por toda la Creación, encontrándose desde ese primer momento en cualquier ser, entidad, astro, partícula o elemento de esa misma Creación...

-Por lo tanto, todo, absolutamente todo... pertenece al Primero... Es decir todo nace y vuelve a su Ser... Todo vive y existe en Él y por Él... No puede haber absolutamente nada en la inmensa Creación que no haya salido de Él... y así será...

-Increíblemente magnífico... ¿no os parece?...

Los asistentes escuchaban en silencio a Aurora admirados, y ella disfrutaba de la explicación que les estaba dando.

-Fijaros en el color intenso de una naranja... en la pluma de una gaviota... en el suave lecho de un río... en el salino viento que llega del

océano... en el ardiente interior de un volcán... en la raíz de una verde espiga... en el deslumbrante y dorado rayo de sol... en la suprema oscuridad brillante del cosmos... en la hoja caída de un árbol... o en la piel de una lombriz...

-Pues bien, ahí... en cada uno de ellos... está El Principio Primero... y por lo tanto ahí estamos todos... También increíble... ¿verdad?...

Aurora explicaba tan claramente que todos lo imaginaban en sus mentes.

-Nosotros, los seres humanos, tenemos la inmensa suerte de participar en el deseo de creación y existencia del Primero o Principio... Somos por ello extraordinariamente privilegiados en el alcance de ese deseo...

-Ahora, aquí... vamos a empezar a comprender con intensidad lo que significa esto... ¿de acuerdo?... Bien, pues vamos allá... -Aurora dejó una pequeña pausa mientras observaba complacida a todos los asistentes.

-Nosotros... tan pequeños como somos... nos hacemos inmensamente grandes cuando llegamos a vislumbrar en nuestro dormido y aletargado conocimiento el destello de esa Presencia... Y es en ése momento, en ése preciso momento, tan esperado por el Primero y tan deseado por el Segundo, su descubridor, cuando se produce el acoplamiento, la unión y el reconocimiento de ambas partes... Y es por lo tanto entonces ahí, en ese notorio escalón... donde se produce el Gran Encuentro...

-El ser humano, después de mucho caminar y buscar entre detalles y adornos, termina al final por apartar y desechar toda carga inválida... Y aunque al principio rechaza, reniega, aparta y desprecia cualquier intención de adquirir esa voluntad de encontrarlo, no podrá sin embargo evitar hacerlo con el tiempo pues la llamada está hecha desde el principio... Está hecha desde cuando surgió en el Vientre del Creador la idea de Él mismo... y a Él regresará por mucha demora que pongamos en el Tiempo y en el Espacio...

-El camino hasta llegar a la Comprensión del Principio es un paseo por las diversas realidades, formas y fórmulas de la Creación... La capacidad para entender esto no se fuerza ni se agiliza... No se planea ni se adelanta... Llega en el momento adecuado... Llega en el punto exacto del recibimiento... Y quien ha llegado hasta ése término de comprensión se presta del todo al Deseo Primigenio con total confianza y con absoluto desprendimiento consciente pues sabe cuál es su raíz... Sabe cuál es su esencia Vital... Sabe cuál es su verdadero Ser...

-El ser humano, en su escalada inconsciente, vive al principio de forma completamente ajena a la llamada del Pulso Eterno pues se encuentra de momento bregando como un animalillo curioso... Descubriendo su primera capa densa y material llegando a hacerse con ella...

-Pero en su infantil y absurdo engreimiento, ése ser humano no entiende el cometido de dicho Pulso Eterno, y tampoco quiere ni espera saberlo...

-Luego, conforme va ascendiendo desde su condición inferior, va reconociendo las señales y direcciones que encuentra a su paso y que van apareciendo por propia petición de su inconsciente...

-Luego esas mismas señales le van aturdiendo, confundiendo y empujando hacia la desesperación que su incomprensión e ignorancia le impone...

-Y es entonces cuando aparece el primer resorte que activa la búsqueda... Es precisamente ahí donde aparece el primer guiño de su Mentor...Y la ansiosa atracción invisible entra en acción, poniendo en marcha y en funcionamiento todos los registros a disposición...

-Pero claro, en su temprano, aparatoso y reducido entendimiento, el ser humano primitivo confunde, oculta, rompe, cambia, varía e interpreta equivocadamente todo, apareciendo el desorden en todo lo que en un principio era claro y transparente...

-Ahí nacen los sentimientos contradictorios derivados del desconocimiento como son el amor, el odio, el recelo, el miedo, la venganza, la desconfianza o la envidia entre muchos otros...

-No sé si sabéis lo que son estas últimas cosas... pero bueno ya os la explicarán con más detalles mis compañeros... -aclaró Aurora

-Bueno sigamos... Es a partir de ahí cuando entonces el ser humano necesita apoyos reconocibles y tangibles para reconocerse a sí mismo y a todo lo que le rodea... Su condición eminentemente física así lo demanda pues vive en lo material y denso, desconociendo por completo la presencia siempre estable y activa de la Esencia Invisible e Inmaterial, y es por esto mismo que crea asideros que puedan sujetar su desconcertante y dudosa existencia...

-Es ahí también cuando aparecen las costumbres, los ritos, las creencias, los dioses y demonios, las ofrendas, los sacrificios, las religiones, los dogmas, las organizaciones, las ideas, las filosofías, las sociedades... y sobre todo, la Inteligencia, gran buque vigía de esa humanidad naciente que se alza sobre sí misma sin saber que en verdad es una socorrida y frágil embarcación que surca un embravecido mar sin horizonte ni tierra a la vista...

-Los espejos engañosos de la Inteligencia muestran a sus embriagados observadores lo que exactamente ellos quieren ver, convenciendo a su escasa visión y a la de todos los demás de una verdad limitada y reducida...

-Muchos abanderados de la Inteligencia quisieron alcanzar en su momento la fórmula del Primero para convertirse en Él, pero no lo pudieron conseguir puesto que antes de hacerlo había que dejar la Inteligencia a un lado para tomar entonces el camino de la humilde Comprensión...

-Ocurrió entonces que la Inteligencia reemplazó el Amor Universal por unos falsos e interesados sucedáneos que fueron adquiridos por motivos exclusivamente personales y egoístas, haciendo surgir el amor de carácter favorecedor, parcial, partidario e injusto, y de entre los cuales podríamos citar el amor a la pareja, el amor hacia los hijos, el amor a la familia, el amor a la sangre, el amor a la tierra, el amor a las creencias, el amor a las religiones, el amor a los dioses... el amor a los líderes...

-No sé si sabéis de lo que estoy hablando... Sé que esto es algo que nosotros no lo llevamos a cabo, pero bueno, es sobre todo para que vayáis entendiendo de donde provenimos... ¿vale? -Aurora hizo un inciso para aclarar conceptos e ideas.

-Pues como iba diciendo... es entonces a partir de ahí cuando encontramos toda esa clase de amores de conveniencia...

-Los Sabios Antepasados observaron minuciosamente las cualidades de aquel engañoso sentimiento del amor humano, y era muy curioso y revelador comprobar cómo podía llegar a cambiar su polaridad cuando las circunstancias, las expectativas, las intenciones iniciales o los intereses variaban de intensidad o se volvían en contra...

-Una vez visto esto, se comprobó que aquel aspecto del amor, mal utilizado y encauzado, no era amor sino egoísmo, ofreciendo dos caras muy distintas, en la mayoría de las ocasiones opuestas al mismo tiempo...

-Pero claro, también entendieron los Sabios Antepasados que era normal y obligatorio la presencia de aquellos pasos equivocados... Al fin y al cabo éstos eran los únicos resortes conocidos que obligarían en el tiempo y en el espacio al replanteamiento y posterior empuje de la conciencia humana hacia otras cotas superiores, y eso sucedería únicamente cuando las puertas se abrieran de par en par y los espejos de la Verdad mostraran las auténticas caras de la Infinitud...

-Así, una vez conocida la trama, la elección acertada era la aceptación del conocimiento del Amor Universal... Todo lo demás, absolutamente todo lo demás, vendría por añadidura...

-Pero claro, como Elástico, Eterno e Infinito Creador, el Universo Comprensible, acepta como parte de su propio plan y creación la decisión voluntaria de sus criaturas libres... Siempre serían ellas quienes elegirían la forma y la fórmula... Por eso, como ya sabemos todos, hay distintos grados de evolución dentro de la Gran Evolución... Es el ejemplo más fácil para comprender todo esto...

-Nosotros, los habitantes de las Tierras del Sol, después de un lento y largo proceso hemos llegado a donde nos encontramos gracias a la experiencia acumulada y, por supuesto, a nuestra propia voluntad...

-Nosotros hemos conseguido una meta que no es la primera ni la última, pero sin embargo ya es un gran paso y un gran avance en la Comprensión del Todo... -Aurora, feliz y entusiasmada, terminó la exposición con suavidad.

-Y bueno, después de esta rápida noción sobre el origen y esencia del Amor, ya iréis descubriendo en los días siguientes cuáles son sus múltiples efectos y defectos... Sobre todo porque las virtudes más altas ya las poseéis vosotros por propia voluntad y naturaleza, o lo que es lo mismo, por propia evolución...

-Así que mis compañeros, los demás profesores y monitores de este Centro Universal, os mostrarán en estos días con detalle y detenimiento las diversas posibilidades que posee el Amor... Desde las fases más básicas que muestran el reino animal y el humano, hasta las más altas y elevadas de los seres superiores donde se comprueba y se hace real el Amor Primero, Inmenso y Esencial...

-Así que sin más, os doy de nuevo la bienvenida a todos... y sobre todo... muchas gracias por estar aquí... -terminó diciendo con agrado Aurora.

Aurora es una rubia, bella y alta muchacha que había nacido en una población de la península de Iberia en la región conocida como Zamora. Ella

desde muy pequeña supo cual iba a ser su afición laboral principal, pero después de algún tiempo en su tierra natal, y conocida su gran aptitud para la enseñanza Universal, fue llamada desde el Centro Universal de Madrid para que dirigiera allí las conferencias del Amor. Eso no impidió en ningún momento el que ella pudiera ejercer su verdadero oficio, pues gustaba de él con gran satisfacción y compartía en la medida de lo posible el tiempo de labor entre ambas ocupaciones.

Aquel oficio que tanto gustaba a Aurora comprendía una amplia especialización en el mantenimiento de edificios y casas en general. Desde la pintura, la fontanería, la carpintería, el alcantarillado, el alumbrado, la construcción, la impermeabilización o la jardinería. Ella era una gran amante de las pequeñas obras, y que, como todos sabían y reconocían, eran en verdad las que luego sostenían y embellecían las más grandes y espectaculares. Y esto, en sus clases y conferencias en el Centro Universal, ella lo trasladaba a sus alumnos en sus sabias, cordiales y limpias enseñanzas.

Aurora, cada vez que se trasladaba a un lugar diferente, siempre pedía en primer lugar una plaza de mantenimiento en cualquiera de las casas o edificios del pueblo o ciudad donde se fuera a instalar. Ella, como cualquiera de los habitantes de las Tierras del Sol, amaba profundamente su labor y su oficio. Su condición de Gran Profesora del Conocimiento y del Amor, era sin embargo, algo adicional a su primera y verdadera profesión.

Aurora era una muchacha alegre, responsable y amable que volaba muy alto por la vida. Un ser humano increíblemente sabio, y sobre todo, totalmente consciente de sí mismo. Llegar a aquel grado de maestría era muy difícil de lograr y conseguir incluso en la alta evolución de los habitantes de las Tierras del Sol. Ella no sólo estudiaba y conocía las enseñanzas que impartía, como ser íntegro y responsable que era, recogía en su persona toda la enorme amplitud que su condición elevada le confería. Aurora era lo que sabía y decía. No había diferencias entre lo que pensaba y hacía. Ella era un entero compacto. Un verdadero ser consciente.

En los días siguientes Aurora emprendería viaje hacia la ciudad de París donde se reuniría con los integrantes de la comisión que visitaría la Isla de la Zona Neutral. Ya tiempo atrás Aurora estuvo viviendo en la gran Ciudad de Cristal, Paris, y allí conoció a grandes profesores y maestros de la plataforma continental de Europa, con los que aprendió, creció y compartió. En aquella ocasión, de nuevo, visitaría aquella increíble ciudad donde tantos amigos le esperaban. Pero antes de llegar a París Aurora pasaría por las tierras del norte de Iberia, concretamente por la conocida zona de Euskadi, donde se uniría a los profesores especialistas en medidas de Tiempo y Espacio Universal, Julen Gorrostiegui y Begoña Larrauri, los cuales también visitarán junto a ella y los restantes componentes de la expedición la isla de la Zona Neutral.

Había llegado la hora del almuerzo en el Centro Universal. Desde sus amplias y limpias cocinas serpenteaba a través de los edificios y estancias el aroma de los manjares culinarios preparados con amor y delicadeza por los cocineros del propio centro. Nubis y Karím paseaban por los cuidados y espaciosos jardines del parque del Centro Universal mientras conversaban

tranquilamente en dirección hacia uno de los grandes y agradables comedores.

El rey sol se encontraba en lo alto, en la distancia que no quema ni deja enfriar a sus recibidores. Un rey que se convierte en estrella luminosa y que permanece estático en el espacio recibiendo la vida de todos y dándola sin pestañear en su mirada.